



### Lectura del Santo Evangelio según san Mateo 5,38-48:

*En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Habéis oído que se dijo: "Ojo por ojo, diente por diente". Pero yo os digo: no hagáis frente al que os agravia. Al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, preséntale la otra; al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, dale también el manto; a quien te requiera para caminar una milla, acompáñale dos; a quien te pide, dale, y al que te pide prestado, no lo rehúyas.*

*Habéis oído que se dijo: "Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo". Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos.*

*Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y, si saludáis solo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto».*

### COMENTARIO DE BENEDICTO XVI

En este séptimo domingo del tiempo ordinario, el Señor nos dice: «*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*» (Mt 5, 48). ¿Pero quién podría llegar a ser perfecto? **Nuestra perfección es vivir como hijos de Dios cumpliendo concretamente su voluntad.** San Cipriano escribía que «a la paternidad de Dios debe corresponder un comportamiento de hijos de Dios, para que Dios sea glorificado y alabado por la buena conducta del hombre».

#### Amar a los enemigos

El Evangelio de este domingo contiene una de las palabras más típicas y fuertes de la predicación de Jesús: «*Amad a vuestros enemigos*» ... en el contexto del discurso programático que se abre con las famosas «Bienaventuranzas». Jesús lo pronunció en Galilea, al comienzo de su vida pública: casi un «manifiesto» presentado a todos, sobre el que Él pide la adhesión de sus discípulos, proponiéndoles en términos radicales su modelo de vida. ¿Pero cuál es el sentido de esta palabra suya? **¿Por qué Jesús pide que se ame a los propios enemigos**, o sea, un amor que excede las capacidades humanas? Lo cierto es que la propuesta de Cristo es realista, porque tiene en cuenta que en el mundo existe *demasiada* violencia, *demasiada* injusticia, y por lo tanto no se puede superar esta situación más que contraponiendo *más* amor, *más* bondad. Este «*más*» viene de Dios: es su misericordia, que se ha hecho carne en Jesús y que sola puede «desequilibrar» el mundo desde el mal hacia el bien, a partir de ese pequeño y decisivo «mundo» que es el corazón del hombre.

Justamente esta página evangélica está considerada como la *magna charta* de la no violencia cristiana, que no consiste en rendirse al mal -según una falsa interpretación del «*poner la otra mejilla*» (cfr. Lc 6,29)-, sino en **responder al mal con el bien** (Rm 12,17-21), rompiendo de tal forma la cadena de la injusticia. Se comprende entonces que la no violencia, para los cristianos, no es un mero comportamiento táctico, sino un modo de ser de la persona, la actitud de quien *está así convencido del amor de Dios y de su poder*, que no tiene miedo de afrontar el mal con las únicas armas del amor y de la verdad. **El amor al enemigo constituye el núcleo de la «revolución cristiana»**, una revolución no basada en estrategias de poder económico, político o mediático. La revolución del amor, un amor que no se apoya en definitiva en recursos humanos, sino que es don de Dios que se obtiene confiando únicamente y sin reservas en su bondad misericordiosa. He aquí la novedad del Evangelio, que cambia el mundo sin hacer ruido. He aquí el heroísmo de los «pequeños», que creen en el amor de Dios y lo difunden aún a costa de la vida.



Queridos hermanos y hermanas: la Cuaresma, que empezará el próximo miércoles con el rito de las Cenizas, es el tiempo favorable en el que todos los cristianos son invitados a convertirse cada vez más profundamente al amor de Cristo. Pidamos a la Virgen María, dócil discípula del Redentor, que nos ayude a dejarnos conquistar sin reservas por ese amor, a aprender a amar como Él nos ha amado, para ser misericordiosos como nuestro Padre celestial es misericordioso.

“Jesús concluye: *“Sed... perfectos como perfecto es vuestro Padre celestial”*. El pide a sus seguidores la perfección del amor. **La nueva Ley que Él ha traído tiene su síntesis en el amor.** Este amor hará que el hombre, en sus relaciones con los demás, supere la clásica contraposición amigo-enemigo, y tenderá, desde dentro de los corazones, a traducirse en las correspondientes formas de solidaridad social y política, incluso institucionalizadas. Será, pues, muy amplia en la historia, la irradiación del “mandamiento nuevo” de Jesús (San Juan Pablo II, 14.10.87).

## REFLEXIÓN DEL PAPA FRANCISCO

Jesús en este evangelio nos dice dos cosas: primero, **mirar al Padre**. Nuestro Padre es Dios: hace salir el sol sobre malos y buenos; hace llover sobre justos e injustos. Su amor es para todos. Y Jesús concluye con este consejo: *“Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial”*.

Por lo tanto, la indicación de Jesús consiste en **imitar al Padre en la perfección del amor**. Él perdona a sus enemigos. Hace todo por perdonarles. Pensemos en la ternura con la que Jesús recibe a Judas en el huerto de los Olivos, cuando entre los discípulos se pensaba en la venganza.

Y también Jesús nos pide **amar a los enemigos**. ¿Cómo se puede hacer? Jesús nos dice: rezad, rezad por vuestros enemigos. **La oración hace milagros**; y esto vale no sólo cuando tenemos enemigos; sino también cuando percibimos alguna antipatía, alguna pequeña enemistad.

Es cierto: el amor a los enemigos nos empobrece, nos hace pobres, como Jesús, quien, cuando vino, se abajó hasta hacerse pobre. Tal vez no es un «buen negocio», o al menos no lo es según la lógica del mundo. Sin embargo es el camino que recorrió Dios, el camino que recorrió Jesús hasta conquistarnos la gracia que nos ha hecho ricos.

## PUNTOS PARA TU MEDITACIÓN (P. Tomás Morales)

En este evangelio, que es un fragmento del sermón de la Montaña, Jesús promulga la Nueva Ley, la ley del amor. Contraste significativo. En el Sinaí, Dios habla en un desierto abrasador, desde una roca tétrica y gigantesca coronada de relámpagos. El sermón de la Montaña tiene lugar en una meseta cubierta de césped. Domina un paisaje que en aquellos tiempos era de los más bellos del mundo. En el Sinaí, la palabra divina resuena como trueno que hiela los corazones. En las bienaventuranzas discurre pausadamente, como aguas de un río que lentamente se desliza. Allí, el pueblo debe permanecer apartado. Aquí, las turbas rodean al Salvador. Es que en el Sinaí se promulgaba la Ley. Y ahora es el Evangelio lo que se anuncia. El amor a Dios y el amor a los hombres identificados en unidad indestructible...

### Bienes inefables

Hay una oración de la liturgia que ayuda mucho a entender este evangelio: *«¡Oh Dios, que preparaste a cuantos te aman bienes inefables!»*. Lo que ni ojo vio, ni oído oyó, ni el corazón del hombre es capaz de imaginar, eso es lo que prepara a Dios a sus escogidos... Nueva invitación de la liturgia a **levantar nuestra mirada al cielo**. La vana humareda de las cosas de la tierra nos impide contemplar las claridades eternas. La oración disipa la niebla que nos envuelve. Nos deja mirar esos bienes inefables que Dios prepara a quienes le aman.

Esos bienes inefables se reducen a uno: la vida divina en nosotros; ahora, gracia; después, gloria. Los que aman a Dios viven su vida, la gracia divina, la vida de gracia: *Si alguno me ama, mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos en él nuestra morada* (Jn 14, 23) **Morada de Dios es el alma en gracia**, templo del Espíritu Santo, sagrario de las tres divinas personas.

¡Oh Dios, que preparaste a cuantos te aman bienes inefables! ... Creo en tu inmensa bondad. Tú mismo nos los has preparado. Con tus sufrimientos redentores nos regalas gracia y gloria. Es palabra bíblica: *Venid, benditos de mi Padre, a tomar posesión del Reino que os ha sido preparado* (Mt 25,34). Y con la gracia y la gloria, todos los dones: paz, felicidad, alegría. Lo que el mundo, el eterno fracasado, no puede dar. Lo que el mundo, el perpetuo engañador, promete sin darlo. La grandeza inmensa de un Dios acordándose de una criaturilla insignificante para regalarle sus bienes. ¡Oh Dios, que con cariño inefable preparas bienes inefables y duraderos a cuantos te aman!...

### *Infunde en nuestros corazones el afecto de tu amor*

¡Están tan áridos, tan secos, tan necesitados del afecto de tu amor! Y se quemará cualquier apegamiento de tierra. En una de sus cartas, Catalina de Siena dice: «Únicamente el fuego del amor consume todo amor propio, tanto el espiritual como el sensible, todo cuanto hay en el alma, salvo la amada voluntad de Dios». El Pontifical romano, para excitar la generosidad de las vírgenes, les invita a decir en el momento de su bendición y consagración: **«He despreciado el reino del mundo y todo el ornato de este siglo por amor a nuestro Señor Jesucristo, a quien vi, de quien me enamoré, en quien puse mi confianza, a quien quise con ternura».**

—«Madre querida: tú, Virgen de vírgenes, infunde en nuestros corazones el amor puro a Jesús. Amor puro, desinteresado, sin partícula de egoísmo. Queremos, Reina y Madre nuestra, el fuego de ese amor que santifica más que el del purgatorio. Queremos, santa Madre de Dios, entrañar en nuestras vidas la máxima de Juan de la Cruz: «El que por puro amor obra por Dios, no solamente no le da que no lo sepan los hombres, pero ni lo hace porque lo sepa el mismo Dios. Y, aunque nunca lo hubiera de saber, no cesaría de hacer los mismos servicios y con la misma alegría y amor».

### *Amar a Dios sobre todas las cosas*

*Infunde, Señor, en nuestros corazones el afecto de tu amor..., para que, amándote a ti en todos y sobre todas las cosas... Quien ama a Dios tiene que amar todo lo que Él se asocia.* En la persona del Verbo Dios se asocia, primero, la humanidad santísima de Cristo. Por eso no podemos amar a Dios sin amar al mismo tiempo a Jesucristo. Cuando decimos a Dios que queremos amarle, él nos exige aceptar esa humanidad unida personalmente a su Verbo: *Este es mi Hijo muy amado; a Él escuchad.*

Pero hay más: el Verbo, al unirse con una naturaleza humana, se ha asociado místicamente a toda la humanidad. Cristo no es sino el primogénito de una multitud de hermanos (Rm 8,29). Dios los hace partícipes, por y en Jesús, de su naturaleza y vida divina. Llega a llamarlos dioses, semejantes a Dios: *Yo dije: "Sois dioses"* (Sal 81,6). Así todos los hombres son por la gracia lo que Jesús por naturaleza: hijos amados de Dios.

Esta es la razón profunda del precepto de la caridad. Después de la encarnación, todos los hombres están unidos a Cristo, como los miembros de un cuerpo lo están a la cabeza. Desde entonces, **amar a Dios es hacer bien a los hermanos, y hacer bien a ellos, amar a Dios.** Un mismo amor nos une con Dios y nos enlaza con nuestros hermanos. Amando a Dios, alumbramos el manantial que saciará a nuestros hermanos.

Paulina María Jaricot no contaba más de seis años. Decía en Lyon a su madre un día de 1805: «Para remediar todas las miserias, socorrer a todos los pobres y enjugar todas las lágrimas, me gustaría tener una fuente de oro». Su madre le respondió: «La tienes a tu alcance: ama de veras a Dios, y hallarás en tu alma un tesoro suficiente para aliviar todos los dolores». La niña añadió: «Entonces, querida mamá, pide a nuestro bondadoso Dios **que le ame de veras para que pueda consolar a todos los desgraciados**». Un mismo hilo vertical nos ata a Dios y nos enlaza con los hermanos: es el amor. Sólo florece sobre tumbas de egoísmo.

*Amándote a ti en todos.* El amor, iluminado por la fe, descubre a Cristo en el hermano. Conmigo lo haces —dice Jesús— cuando socorres a uno de estos mis hermanos pequeños (Mt 25,40). Se le aparece a Saulo. No le pregunta por qué maltrata a sus discípulos. Le dice: *¡Saulo, Saulo!, ¿por qué me persigues?* (Hch 9, 4).

Martín de Tours, todavía catecúmeno, siendo aún soldado, corta su capa para vestir a un pobre. Jesús se le aparece con la mitad de esa capa, diciéndole: «*Tú eres quien me ha vestido con este traje*».

Isabel de Hungría, estando ausente el duque, su marido, mete en su cama un leproso para curarle. Indignado, al regresar el marido, va a arrojarle. Pero al acercarse al lecho ve en el leproso la imagen de Cristo crucificado. Una virgen de Siena entrega a un mendigo la capa negra de la Orden Tercera dominicana. Esa noche Jesús se le aparece a Catalina: «*Hoy has cubierto —le dice— mi desnudez. Por ello te revisto con la plenitud de mi gracia*».

## Dos textos de Santa Teresa de Calcuta

### 1. Creados para amar y ser amados (Carta a los jóvenes)

“Queridos jóvenes de hoy: El mal más grande de nuestros días es la falta de amor y de caridad, la terrible indiferencia hacia los hermanos y hermanas, hijos de Dios, nuestro Padre Celestial, que viven marginados, presa de la explotación, de la corrupción, de la pobreza y de la enfermedad.

Puesto que la vida se abre ante ustedes, pido al Señor que comprendan cada vez más su auténtico sentido. Hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, que es Amor. Hemos sido creados por la mano de un Dios, amor infinito, para amarlo y ser amados por él. Dios se hace uno de nosotros, nuestro hermano Jesús, para ayudarnos a comprender qué es el amor, para enseñarnos a amar.

El servicio más grande que pueden hacer a alguien es conducirlo para que conozca a Jesús, para que lo escuche y lo siga, porque sólo Jesús puede satisfacer la sed de felicidad del corazón humano, para la que hemos sido creados.

La vida es un don maravilloso de Dios y todos han sido creados para amar y ser amados. Ayudar a los pobres, material y espiritualmente, más que un deber, es un privilegio, porque Jesús, Dios hecho Hombre, nos ha asegurado: “*cuanto hagan a uno de estos pequeños hermanos míos, me lo hacen a mí*”. Cuando ayudamos a otra persona nuestra recompensa es la paz y el gozo, porque hemos dado un sentido a nuestra vida y ya no estamos aislados. No dejen que falsas metas de la vida - dinero, poder, placer - los conviertan en esclavos y les hagan perder el auténtico sentido de la vida.

Aprendan a amar tratando de conocer cada vez más profundamente a Jesús, de creer firmemente en él, de escucharlo en la oración intensa y en la meditación de sus palabras y gestos, que revelan perfectamente el amor, y entren en la corriente del Amor Divino que hace partícipes a los otros del amor. Sólo en el cielo veremos cuál grande es nuestra deuda hacia los pobres por habernos ayudado a amar mejor a Dios.

**Queridos jóvenes: El fruto del silencio es la oración. El fruto de la oración es la fe. El fruto de la fe es el amor. El fruto del amor es el servicio. El fruto del servicio es la paz.”**

### 2. «Sed santos, porque yo soy santo» (Lv 19,2)

Todos sabemos que existe un Dios que nos ama, que nos ha creado. Podemos acudir a él y pedirle: «Padre mío, ayúdame. Deseo ser santa, deseo ser buena, deseo amar. La santidad no es un lujo para unos pocos, ni está restringida sólo a algunas personas. Está hecha para ti, para mí y para todos. Es un sencillo deber, porque si aprendemos a amar, aprendemos a ser santos.

**El primer paso para ser santo, es desearlo.** Jesús quiere que seamos tan santos como su Padre. La santidad consiste en hacer la voluntad de Dios con alegría. Las palabras «deseo ser santo» significan: quiero despojarme de todo lo que no sea Dios; quiero despojarme y vaciar mi corazón de cosas materiales. Quiero renunciar a mi voluntad, a mis inclinaciones, a mis caprichos, a mi inconstancia y ser un esclavo generoso de la voluntad de Dios

Con una total voluntad amaré a Dios, optaré por Él, correré hacia Él, llegaré a Él y lo poseeré. Pero todo depende de las palabras, «**Quiero**» o «**No quiero**». He puesto toda mi energía en la palabra «Quiero».